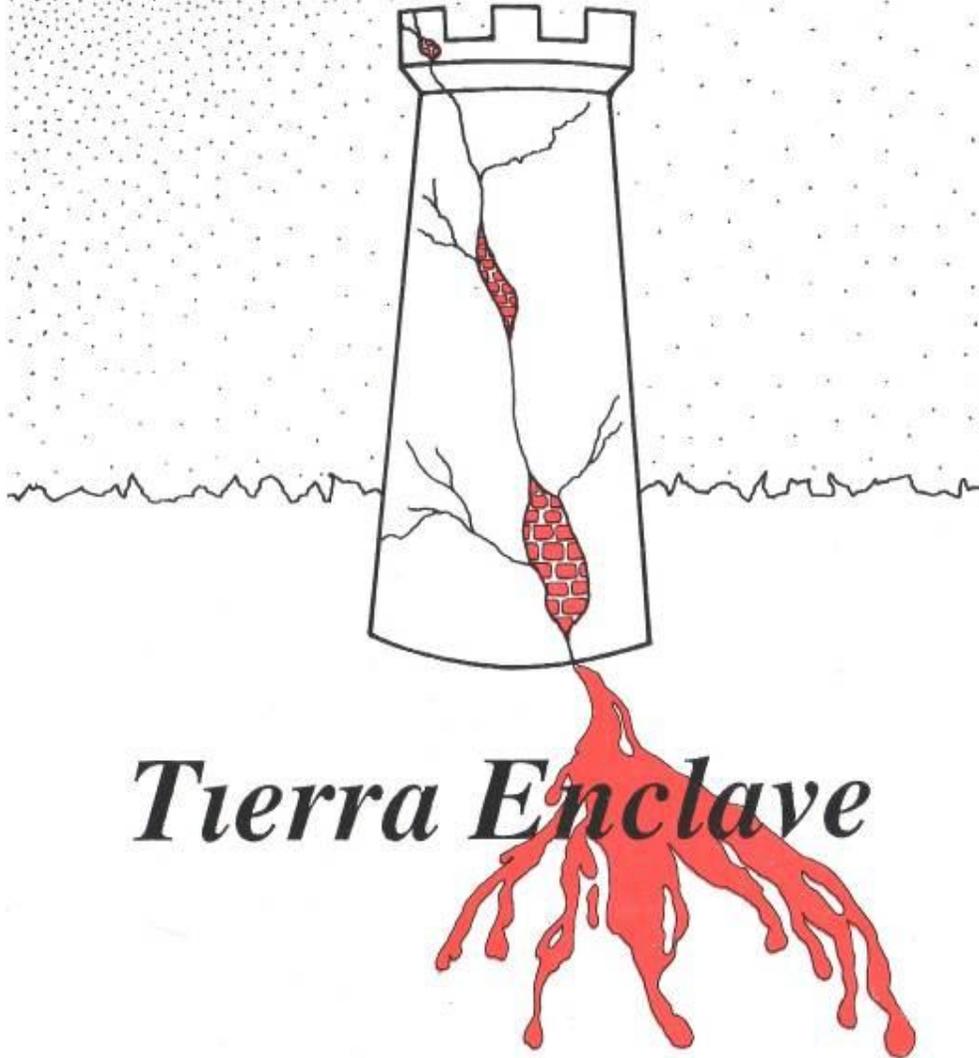


María Belén Rath



*Tierra Enclave*

EL  
FRANCOTIRADOR  
EDICIONES

María Belén Rath

# Tierra Enclave

*De la muerte en la vida, de la vida en la muerte*

Con ágil conocimiento de los ritmos de la intriga, avanza el relato de Tierra Enclave hacia un climax que es a la vez la destrucción total y la salvación. Un Lenguaje diáfano, tanto en lo coloquial y humorístico como en la intensidad de la visión poética, permite que el lector discurra con alegría sobre estas páginas aunque su asunto -traspasado en ráfagas por lo maravilloso- sea lo terrible causado por la violencia entre los hombres.

Se trata de una violencia sistemática y atrocemente impuesta por una autoridad tan modesta como impune y absoluta -la del Comisario de un pueblo, cualquier pueblo provinciano de Latinoamérica- que concluye sus días víctima de sí misma en un gesto emblemático, prácticamente fundacional en la narrativa argentina: el del degüello, instaurado en El Matadero como desdichada estructura de la convivencia, continuado en Cambaceres como imposibilidad del personaje para vivir consigo mismo.

Imposibilidad para vivir. He aquí el núcleo de la tragedia que a veces con humor negro, con guiños de parodia, se narra aquí. No es lo peor la muerte sino el lento morir en la vida que va minando a los habitantes de la villa cuyo centro y núcleo original es el Quemadero, sede de una antigua cárcel de esclavos. Y esclavos terminarán siendo los hombres y mujeres de un lugar donde tanto el ejercicio de la rebeldía como el de la obediencia suponen igualmente la aniquilación. Todo se ha prohibido: la risa, el llanto, los animales, la esperanza, la multiplicación de los

habitantes; el aire está envenenado por las cenizas de los cadáveres. Que el último decreto del Comisario, aterrado ante las consecuencias de sus propios actos, ordene "Basta de muerte" es una ironía feroz ya incapaz de evitar nada, ni siquiera su suicidio.

Pero bajo las cenizas sigue fértil la tierra; una ráfaga de vacío arrasa la comisaría y "en ese lugar crecían los primeros pastos"; "aquel sitio borrado por la memoria de los hombres, tan borrado, tan perdido, que no existía en los mapas... ahora, después de infinitas horas marcadas por la desesperación y el olvido, se convertía en la tan ansiada tierra enclave". Es que hay un sobreviviente: el viejo, casi inmortal Jimeno Díaz cuyo destino último es hallar en su lugar desierto pero acompañado por los muertos que vuelven, la tierra prometida donde se entran las alas del deseo y los hilos de la memoria.

Fluidez imaginativa, expresividad tersa y la vocación testimonial del escritor que urde la parábola de su tiempo y de todos los tiempos donde el hombre ha sido un lobo para el hombre se unen en esta voz excepcionalmente joven que registra modos afines con grandes maestros: Juan Rulfo, García Márquez, o nuestro Daniel Moyano. Que María Belén Rath hoy estudiante de psicología en Rosario, oriunda de San Nicolás, provincia de Buenos Aires, haya escrito Tierra enclave cuando tenía diecisiete años no resulta el menor de sus méritos. Entre tantas agorerías que decretan el agotamiento de la letra impresa y la decadencia de la imaginación verbal, es uno de los signos afirmativos de su vitalidad inagotable.

*MARÍA ROSA LO JO*

A mis hermanas Ana y Verónica,  
puntos enclave de encuentro. Y a  
mis padres.

Dedicado a Mariana  
Menendez, in  
memoriam

# I

Quiso el destino - o tal vez el desatino - que en aquella mañana gris y soleada de agosto el viejo Ernesto Losada despertara lentamente, contrariando su costumbre. Estaba de espaldas a su mujer, una española de piel blanca y huesos frágiles que dormitaba pesadamente arrullando sueños quizá, o esperanzas.

- Va a llover - pronosticó.

Su mujer abrió los grandes ojos verdes, sobresaltada.

- Qué día es hoy - dijo.

- Doce. ... doce de agosto, día de lluvia.

La mujer no se inmutó. Los dos así, inmóviles,

viendo correr las horas.

- Hay que levantarse y recomenzar. Aquí no hay tiempo que falte, pero hay que hacer las cosas.

Don Ernesto Losada, callado y rugoso, seguía de espaldas a ella.

- Qué hay que hacer - dijo.

- El desayuno - fue la simple respuesta.

Al levantarse, sintió un fuerte tirón en sus músculos y un ardor en el estómago.

- Ya no somos los de antes - masculló.

Fue al baño. Los espejos gastados por las repetidas miradas esperaban una limpieza. Don Ernesto lo hizo notar.

- No estoy bien como para hacer esos trabajos. Por qué no lo haces vos...- contestó la mujer.

El viejo suspiró y limpió los espejos con su aliento y su camiseta blanca.

- Ya está - se observó - Somos esclavos de la vida.

Y se lavó la cara.

La mañana transcurrió apacible. Al salir al umbral, don Ernesto sintió un aire frío de angustia húmeda y los dedos se le helaron. El pueblo estaba sombrío y las casas aún cerradas.

Salió caminando como si llevara el mundo sobre sus espaldas. El peso de los años.

- Te olvidas el abrigo - gritó su mujer; pero él no la oyó.

No sentía frío a pesar de sus dedos fríos y de sus pies fríos.

En la esquina estaba don Jimeno Díaz, un mejicano que tenía más edad que el pueblo mismo. Estaba abrigado, sentado en un banquillo de madera. Saludó secamente diciendo:

-No va abrigado usted. Las enfermedades no vienen solas.

Don Ernesto no lo miró pero sonrió.

- De algo hay que morir - dijo.

- Pero no de frío. Los huesos se pudren en el hielo y la sangre no corre como en el verano. El mar no nos trae buenos presagios.

A don Ernesto le molestó esa solemnidad catedrática para decir disparates que tenía don Jimeno.

- Déjeme decirle algo - contestó - Puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana, y déjese de decir pavadas sobre el mar y el frío. Aquí ~~no~~ tenemos mar. . . ni siquiera presagios.

-Usted debe saber lo que dice. Don Ernesto abandonó ese lugar para ir a la tienda de Guadalupe. En el trayecto, observó un sombrío

rsiupor en las casas, con sus ventanas ahora abiertas, lln aire ele nostalgia crecía sin querer y el gris era tan familiar como si en ese pueblo jamás hubiera habido Otro cielo.

Guadalupe, la morena de ojos amarillos y aliento de puerto, saludó con una sonrisa. Ella siempre estaba de buen humor.

- Qué se le ofrece - preguntó.

- Nada se me ofrece, todo lo onsigó con lucha. Necesito, sí, un poco de pan de centeno, queso, fideos y unos choclos buenos.

Aquella pregunta de Guadalupe resultó un trago muy amargo esa mañana. Don Ernesto comprendió cuan solo estaba. Pagó y se fue.

Despacito, con pajsos premeditados, volvía hacia su casa viendo con excesiva calma las últimas ventanas que se abrían. Suspiró.

## II

El correo funcionó aquella mañana. El comisario, Olegario Sánchez lo permitió sólo ese día, sólo esa mañana. Desde hacía un mes no se abrían esas puertas, y el buzón estaba repleto. El comisario se levantó

temprano y fue a buscar al encargado. El encargado de los correos era un hombre bajo, muy flaco y rubio hasta las cejas. Vivía con un gato callejero que lo amaba y quería saber por qué.

- Encargado - llamó el comisario.

No hubo respuesta.

- Encargado - llamó otra vez.

La pequeña figura se asomó por entre el alambre de la fiambarrera de la ventana.

- Qué hay - gritó.

- Trabajo. Hoy el correo anda para todos. Hay que contentar a veces al pueblo, a pesar de las medidas.

- Trabajo . . . espérese aquí. O pase. Haga lo que quiera.

- Encargado. Vaya al correo de inmediato o tendrá problemas. Las cartas ya han sido leídas, y las que no nos comprometen pueden salir.

- Cuántas . . .

- Como cincuenta - contestó el comisario con voz fría.

- Eran como doscientas las del huzón. No voy a preguntar qué pasó con las otras ciento cincuenta - y sonrió irónicamente al decir:

- Enseguida voy, don comisario. Quédese tranquilo.

- Si le interesa - informó el comisario - fueron a parar al Quemadero.

- Ah.. .bien. O me espera o se va.

- Me voy. Usted ya sabe dónde queda su lugar de trabajo.

La voz sonaba con cierto tinte de sarcasmo e hipocresía. El comisario era un hombre tardo, suave pero firme, cincuentón y autoritario. No le temían, a pesar de su altura y de sus ojos negros, brillantes y aparentemente salvajes.

El Quemadero, para el pueblo, era la institución más temida y repudiada. Allí iban a parar las cartas comprometedoras, los hombres subversivos, los sospechosos, los perros que molestaban por las noches y los restos de comida de todo el mundo. Era un rejunte de cenizas y cajas, dolor y desesperanza, refugio de miserables.

La figura del Quemadero no asustaba en realidad, pero era una especie de sombra entre las casas.

Cada atardecer, cuando caía el sol, se levantaba como una mole y acechaba (para quien quisiera verlo de este modo ) e infundía una especie de lástima angustiada que no tenía remedio.

Había sido una fortaleza de piedra, construida en los

mejores días de la colonia para " alojar " a los negros esclavos. Tenía varios departamentos pestilentes, con pisos de tierra ávida y añeja, y paredes firmadas con manos ( curioso detalle que ningún vivo - excepto el comisario y los' oficiales- había notado ).

Cuando Pedro Burgos y Anarques fundó el pueblo anterior, hizo construir una casa para prostitutas, que luego se derrumbó cuando un cura mandó dinamitar el lugar por ser sucio e inmoral.

Se reconstruyó a duras penas años más tarde, cuando ya no quedaban ni prostitutas y se hizo refugio para esclavos. Por esos tiempos, la conquista Grande había comenzado y esa era la colonia que llevó al suicidio a Pedro Burgos y Anarques.

A partir de entonces, todo aquel que tuviera sólo una moneda de oro, algo de valor y deseaba un esclavo, solólo solicitaba y pagaba por anticipado al viejo Lope de Raicho, un hombrecito con aires de sereno de puerto pero que poseía casi la mitad de las tierras de los alrededores.

El Quemadero se llamaba por entonces "La Ratone-ra", y vivían allí más de ciento veinte esclavos con sus mujeres y sus hijos.

Después de la muerte de Pedro Burgos y Anarques,

don Lope de Raucho trató de ocupar su lugar, de manejar el pueblo a su manera, beneficiando a todos los que podía, porque no era un viejo malo ni amargado, pero su aliento tardío y su paso lento no daban crédito a su manera de obrar. Sus tierras vastas estaban atestadas de indios ocultos entre enormes rocas y él no lo sabía, como tampoco sabía que la única noche en que abandonó "La Ratonera" lo esperaban diez indios para molerlo a palos y desterrarlo totalmente de sí mismo.

El pueblo huyó hacia todos lados, y sólo quedó en pie "La Ratonera", firme de piedra y calma, vacía de esclavos y pisadas. Todo había sido incendiado, menos el fuerte que permanecía a pesar de los desastres. Más tarde los indios se fueron y ya no se supo más de ellos, ni de la gente, ni de nada.

Así pasaron más de veinte años hasta el día en que llegó don Justo Agustín del Pilar con su mujer, doña Agraciada Pirez, los hijos y varios aventureros que fundaron el pueblo actual, cuyo centro era el Quemadero.

En aquel momento lo encontraron preso de musgo y suciedad, con nidos de gavilanes, algunos muertos, otros hambrientos y desplumados. Presenciaron como se sacaban los ojos para comer y esparcían sangre en

las oscuras piezas.

Encontraron rastros de desdicha y temor, pero nada más. Los años habían sido terminantes para el lugar, incluyendo el Quemadero que fue restaurado antes de la fundación a fin de que quedara como reliquia.

Don Justo Agustín del Pilar Pirez había dicho que aquél sería " el lugar sagrado donde se centrarían simbólicamente los mayores sacrificios, para la conservación de la paz en este p̄bulo que acaba de fundarse".

Luego se lo llamó "Gran Torre", más tarde fue "El Torreón de Pirez", cuando don Justo Agustín del Pilar iba con mujeres sucias y macilentas a acostarse por el solo hecho de no hacerlo con doña Agraciada ( que aguardaba en un sueño confuso el regreso de su marido).

Pero al fin, quedó el nombre "Quemadero" en honor a la primera quema de papeles comprometedores, muchos años después de la muerte de Don Justo Agustín del Pilar.

El encargado llegó y ya había gente tratando de abrir el buzón vacío. Esperaban para pagar sus estampillas. Aunque el pueblo no era grande (si contaban trescien-

tas personas sobraba ), se notaba la invasión en las pequeñas oficinas.

El encargado explicó que mientras el Correo estuvo cerrado se trabajó por las noches enviando todas las cartas en grupos de cincuenta. Ahora quedaban sólo cincuenta y ocho.

La gente no creyó. Sabían bien que sus cartas habían sido leídas y mandadas directamente y sin demora al Quemadero.

Como a las once, el encargado pidió que se retiraran del lugar. Aún no cerraban pero necesitaba tranquilidad para trabajar. ( Quizá no podía soportar el silencio sepulcral y las caras de incertidumbre que lo miraban y miraban en cada movimiento).

A las once y media entró Juan Silberia, un joven de cutis más bien blanco. Se abrió paso entre la gente, que no se había ido.

- Quiero mis cartas - gritó.

- No sé a qué te referís - respondió el encargado -. Y, por favor, sin gritos.

- Quiero mis cartas - repitió. Su garganta ardía, le temblaban las manos, y a pesar del frío, transpiraba. La camisa estaba pegada a su cuerpo delgado pero muscu-

loso, y tenía los pies descalzos.

- Sinceramente, puedo decirte que busques entre éstas tus cartas. Te las devolveré . Te las devolveré si es preciso. Y si no están es porque han sido enviadas - explicó el encargado con una falsa amabilidad que era igual que un insulto.

Juan Silberia buscó y no halló sus cartas.

- No han sido enviadas mis cartas - gritó -. Todos sabemos bien qué pasó con mis cartas y con las de toda la gente. ¡ A la mierda habría que mandarlos a todos ustedes ! En este pueblo donde nadie sabe si vivirá al otro día; como en todo el país... ¡ Sí! A ustedes habría que enterrarlos vivos en el Quemadero, no a las cartas.

Sus gritos eran cada vez más fuertes, más potentes. La gente se fue alejando lentamente, con cara entre disimulada y temerosa, de Juan Silberia que gesticulaba y acusaba y se encargaba de decir muchas cosas que hasta entonces se había callado.

Por fin el Correo quedó vacío. Sólo en el piso se veía un pañuelo, que se le había caído a alguien, bordado de color rojo. Juan lo tomó y se secó el sudor. El encargado lo miró estupefacto y lo invitó, amablemente, a retirarse.

- Todo se sabrá - dijo Juan Silberia.

- Algún día - mascullé el encargado. Y cerró la puerta con tranca.

### III

El amanecer despuntó con un olor a salitre que emanaba de las casas dormidas.

La de Juan Silberia, en una punta del pueblo, era cálida y solitaria. Juan era dueño de una parsimonia envidiable, pero se irritaba con facilidad ante los juegos sucios del comisario. Era honesto.

Despertó sobresaltado, calculando las horas que había dormido.

- Las ocho - dijo.

Se lavó los dientes y la cara. En el refrigerador dormía un pedazo de queso engrasado y un pan de manteca. Tiró el queso y untó la manteca sobre el pan semiduro. "Guadalupe proveerá ", pensó. Siempre solía tener esos pensamientos. Su lema era: " A cada día su propio afán ". Y así vivía.

Había nacido entre paredes de lata, de un padre que vaya a saber quién había sido y era el menor de tres hermanos: Cristóbal y Augusto Silberia. A menudo recordaba que sus hermanos habían sido, en su

momento, el terror del pueblo y la debilidad de las mujeres.

Su madre había trabajado en las compañías del viejo Gorostiza Chávez, que tenía en su época una lavandería donde ahora estaba el edificio del Correo. Siempre odió a su padre por haber abandonado a esa mujer que le dio el ser. Y juró venganza.

Pero una noche, mientras todos dormían espío por una cerradura y vio a su madre escapar con el coronel Conrado Túnez. Desde ese momento se empleó en la herrería (a su madre ya no la volvió a ver), y allí sufrió aún más al perder dos dedos con una sierra, y a uno de sus hermanos muerto a tiros por el comisario Olegario Sánchez, en una riña parecida a las de los gallos, pero más sangrienta y sucia.

Su otro hermano fugó del pueblo dos años después con una gitana que trajo el alcohol del poder, y fue a probar suerte a otros lados.

A partir de entonces se resignó a vivir sin su madre, sin sus hermanos y sin dos de sus dedos. Pero creía en la esperanza de que Cristóbal volviera alguna vez a llevárselo a un lugar sin terremotos mortales y muertos vivientes.

Por eso el día anterior en el Correo, revivió el dolor

de querer encontrar en esas cartas a alguien de su familia perdida y las cartas no estaban. Era así su suerte. Ahora ya, en realidad, no había un motivo para siquiera sonreír.

Salió a la calle, pasó por el Correo (recordando tal vez el episodio violento del día anterior ) e hizo una mueca que se pareció a una sonrisa. Se acordó de que, días antes, una mujer le leyó la mano y pronosticó larga vida y riquezas." Gitanas de mierda...", murmuró; y entró en el galpón donde trabajaba.

- Qué hay - gritó Oreste Galván, un inútil de nacimiento que herraba con la camiseta pegada contra el pecho velludo.

Juan Silberia no contestó. Miró alrededor y se dio cuenta de lo pobre que era.

- Nada - dijo al fin - no hay nada.

La mujer del comisario, opulenta, gordísima, dormitaba espantando fantasmas y pesadillas con susurros. Vivía en un encierro de paredes llenas de retratos y soledad. Como jamás el comisario salía con ella ( y ella no se permitía salir sin él ) la gente del pueblo empezó a creer que se había muerto y el comisario la había tirado al Quemadero.

Unos decían que estaba postrada porque las piernas no le soportaban el peso del cuerpo. Otros decían que no se animaba a hacer la prueba de pasar por la estrecha puerta de la casa. Pero la realidad decía que Hortensia Acuña de Sánchez no quería salir por pereza. Su comedor era amplio, y eso bastaba. Además la vida exterior, según ella, no era de su agrado. Su mundo se reducía a dos sillones y un aparato para enfriar el aire.

El comisario la miró detenidamente. " No es fea ", pensó. Se calzó y salió a la calle. Todo el mundo comentaba lo sucedido en el Correo el día anterior, pero él no estaba enterado de nada.

Fue a la comisaría caminando a paso militar para darse importancia, quizá, o para imponer un miedo que nadie le tenía.

Sentado en la esquina, Don Jimeno Díaz lo vio pasar y lo saludó.

- Adiós, abuelo - contestó el comisario con ese respeto que inspiran los antepasados.

" Es un pobre hijo de puta ", comentó Jimeno para sus adentros, " un pobre hijo de puta ".

En la seccional, el comisario encontró un sobre que decía: " Confidencial; Señor Don Olegario Sánchez,

Presente " . El remitente sólo daba el número de la oficina de Correos.

Abrió el sobre y leyó:" Se está pudriendo todo ".

Su rostro no se inmutó, aunque sintió un tirón en las tripas, que le hizo recordar que no había desayunado. Luego de esa frase, continuaba un detallado relato del episodio del Correo. La firma era de Saturnino Márquez, el encargado." Bien, Saturnino, bien " - se dijo-, e inmediatamente mandó llamar a tres policías que dormían en la guardia.

A medio vestir, los policías escuchaban la silenciosa mirada del comisario que mostraba la carta.

El caluroso mediodía se acercaba y el sol picaba en las calles de tierra que quemaban como brasas. Las mujeres comentaban, aún, el escándalo de Juan Silberia. Entre ellas había una joven, Malena Bianco, que escuchaba atentamente. Su madre, Hilda Bianco, le había prohibido verse con Juan por el tema que era de dominio popular. Malena había fruncido el entrecejo al oír las versiones, todas diferentes, sobre el episodio. Era rápida de pensamiento, locuaz y hermosa. Pensó que eran puras mentiras, porque entendía que el honesto Juan no desataría aquel nudo fatal del complot y la mugre. Qué no hubiera dado por cerrar esas bocas,

hacer algo para terminar el caso y escapar de ese infierno de sombras y degradación. Detuvo sus pensamientos al oír una gritería proveniente del galpón de herreros. " Juan " , pensó. Y una lágrima cayó en el polvo ardiente. Comenzó a correr entre las miradas de la calle desierta, en silencio, frágil pero firme como una roca. Un brazo la detuvo.

- Es inútil, hija - dijo el Padre Fabio.

- Déjeme, padre . Aunque sea déjeme ver, ver aunque sea, déjeme.

- Es inútil - repitió.

Malena Bianco no forcejeó más. Los hombres de la herrería gritaban desaforadamente palabrotas, corrían con los brazos en alto.

Jimeno Díaz se acercó. Había venido caminando dos cuadras despacito, escuchando los ruidos, sin levantar la vista, hasta llegar a donde estaban Malena y el Padre Fabio.

- Qué pasa - dijo.

- Nada, don Jimeno, nada. Acaban de matar a Juan Silberia.

IV

Don Ernesto se recostaba en su cama cuando una voz llamó a la puerta. -*Sí...*

- Soy yo, don Ernesto, el Padre Fabio.

- Pase, Padre. Qué desea ...

- Necesito que me venda la carretilla vieja que tiene.

La preciso en la iglesia para colocar ladrillos.

- Cuánto paga.

- Lo que usted pida, Ernesto.

- En realidad no sé cuánto pedir ... lo que usted me pueda dar ...

- Veá, don Ernesto -dijo el Padre Fabio- en la parroquia estamos construyendo un nuevo saloncito para festejos ocasionales. Y sin la carretilla no se puede hacer. Véndamela, cobre lo que sea.

- Cien pesos.

- Me parece bien, tómelos, don. Que le sean de provecho. Por la tarde mando a uno de los muchachos a buscarla. Mi bendición.

- Hasta luego -contestó don Ernesto. Guardó los cien pesos y le contó a su mujer en cuanto llegó. Esta sonrió satisfactoriamente y se puso a lavar las sábanas.

- Al menos podremos comprar algo para los dos -  
propuso.

Su voz sonaba veinte años más joven y lavaba con más dedicación que veces anteriores. Don Ernesto lo notó.

- Sos linda -dijo- Esta tarde nos vamos a comprar unas galletas de membrillo, y lo demás lo ahorramos.

La mujer lo miró y vio que de sus ojos caían dos gotas, transparentes de años.

- Estás llorando -le dijo y lo acarició con una mano llena de jabón de lavar. Ambos rieron y lloraron recordando tardes de galletas de membrillo y agua de limón.

Por fin ella se sentó en sus rodillas y suspiró: "cómo se pasan los años".

- Que sigan pasando así, con vos a mi lado . . . despacito -La voz del viejo Ernesto era apacible y sus manos acariciaban el rostro de la mujer.

Nuevamente lloraron y rieron de sus tonterías de viejos. Y comprendieron que no estaban tan solos al fin y al cabo.

Después de tender juntos las sábanas blanquecinas, y tomados de la mano, fueron a comprar las galletas a la tienda de Guadalupe.

V

Rosario Miranda reposaba al borde del arroyo.

Su fina figura contrastaba con los matorrales de los alrededores. Casi sin saberlo había nacido en el pueblo. Casi sin querer había quedado completamente sola: sin padres, sin hermanos, sin hijos ... su casa era un bonito lugar rodeado de rosales sin rosas, limoneros sin limones, y ventanas con cortinas muy pesadas. Pensaba que el destino la había marcado así, y ella se resignaba. Así como se había resignado toda su vida.

Del otro lado del arroyo, una vez había estado Román Cardillo, el capataz de la finca de los Pirez. Hombre corpulento, capaz de hacer que el mundo diera vueltas a su alrededor. Pero Rosario Miranda no le había prestado atención. Su vista parecía verlo, observarlo, mas su mirada no lo percibía. Así estaba, absorta en el ruido del arroyo quieto cuando escuchó que le gritaban: "¡Rosario! ¿ Me permite estar un rato con usted ?". Se sobresaltó y sin sonreír hizo señas de aceptación.

Román Cardillo cruzó el arroyo rápidamente y se sentó a su lado.

- Cómo van las cosas -preguntó.

- Como siempre -fue la respuesta que sonó irónica, aunque la voz trasuntaba la pura tristeza.

- Estaba pensando en las alondras del año pasado - comentó Cardillo.

- El año pasado no tuvimos alondras. Nunca las tuvimos.

- Lo sé.

El seco dolor de Rosario Miranda hizo sentir al capataz tan inútil que tomó la barca y regresó a su sitio. Y no volvió a ver a Rosario Miranda hasta varios meses más tarde.

Ahora la mujer ha comenzado a reír. Sonrió y sonrió. Y cuando menos lo esperaba se encontró riéndose a carcajadas de su soledad.

A las siete y media regresó a la casa. Le pareció vacía y vieja, llena de nada y de recuerdos inexistentes. Fue al baño. Se miró en el gran espejo y se sintió hastiada.

A las ocho menos cinco se acostó en el sofá a tomar café. Hacía frío y eso le envenenó los huesos.

A las ocho, exactamente, sonaron las campanadas del toque de queda. Lentamente cerró los ojos.

- Lástima -balbuceó.

## VI

Las noches eran tan largas que parecían eternizarse entre las sábanas.

A partir del toque de queda el pueblo sucumbía en una respiración mortuoria, húmeda y helada a la vez; y entre sueño y sueño podían oírse los pasos de los oficiales vigilando calles y callejuelas.

- Así esto no funciona -había dicho el padre Fabio, días antes, al comisario Olegario Sánchez.

- Qué no funciona -masculló el comisario.

- Nada.

- No tiene por qué funcionar todo. Quédese tranquilo, Padre. La autoridad sabe bien lo que hace.

- Tenga cuidado, no confunda las cosas.

El comisario había sonreído de una manera tan visiblemente falsa que el Padre tuvo una sensación de náuseas.

- Mejor usted cuídese mucho. Los tiempos no son tan duros como algunos los pintan. Pero tenga ojo: las medidas no vienen solas.

- Y las muertes tampoco.

- Usted mejor ocúpese del sermón del domingo y la consagración del pan, Padre. Para controlar la morta-

lidad, ya estamos nosotros.

- Ya lo creo -dijo. Y se fue secamente, con pasos firmes pero pensativos.

Ahora recordaba aquel diálogo y se daba cuenta de cosas impalpables, sentimientos confusos. Sentía ganas de vomitar y lo hizo. " Por suerte llegué al baño -se dijo- al pájaro generalmente no le gusta limpiar su propia cagada".

El amanecer tardó en aparecer y el Padre se sintió mejor, mucho mejor. Los obreros voluntarios llegaban para continuar con la construcción del salón.

El Padre Fabio los recibió con una sonrisa y su bendición. Más tarde, Hilda Bianco fue a la capilla y encontró al Padre absorto en la tarea de reparar los candelabros rotos.

- Imposible de reparar, Padre -le dijo.

- No importa. Las manos de Dios lo hacen. No las mías.

- Ni las manos de Dios arreglan eso.

- Qué se le ofrece -preguntó con cierto aire de molestia.

Hilda Bianco comprendió que su opinión había disgustado al Padre y se rectificó.

- Quise decir que quizá debiéramos hacer un fondo

común para comprar nuevos candelabros. Hay que terminar con estas cosas viejas y rotas. El Padre sonrió comprensivamente.

- Primero habría que hacer un fondo para terminar con ciertas cosas, pero para que no sigan envejeciendo y rompiéndose otras.

La mujer entendió.

- Es mejor que no diga esas cosas, Padre. Algún día le puede pasar algo.

- Dios me da un poder para decir y si puedo usarlo lo voy a hacer.

- Un santito en el pueblo. Qué bien. El pastor que da la vida por su rebaño.

- Como, todos los que mueren por algo en el mundo.

- Con la diferencia de que aquí no hay victimarios -dijo Hilda.

- ¿ Eso cree ?

Su voz sonaba áspera, como si ese diálogo hubiera descubierto una placa antes invisible en su interior. Casi sin darse cuenta comenzó a caminar entre los bancos llenos de polvo y volvió su mirada hacia doña Hilda Bianco.

- ¿ Qué se le ofrece ? - preguntó con cierto aire de molestia.

## VII

Agraciada Pirez era la terrateniente que vivía en las afueras del pueblo. Le repugnaba la idea de pertenecer a esa " jauría de perros piojosos " que habitaba en las casas de trabajo y hambre. Reconocía que no era un pueblo feliz, pero eso no le afectaba el ánimo ni le quitaba el sueño. " La felicidad no existe ", repetía, para evadir todo sentimiento de culpa ( aunque la culpa no era su fuerte).

El pueblo no sabía mucho de ella, pero por los rincones se tejían historias sobre su pasado. Se decían calamidades que ella no tenía interés en desmentir, quizá por una razón profunda.

Escondida tras un velo de verjas negras y jardines llenos de flores exóticas, esperaba pacientemente dos horas después del toque de queda y cerraba con candado las ventanas, para que algunos curiosos, más bien creados por su manía persecutoria, no vieran que sostenía ciertos romances totalmente carentes de amor, a pesar de su pulcritud y afectación de dama noble.

Exactamente a las diez de la noche clausuró el ventanal y escuchó las campanas. Luego salió al encuentro de un hombre con aspecto cansado y ojos negros,

brillantes y aparentemente salvajes.

Era usual que esas visitas nocturnas fueran breves pero ardientes como también era usual que ella las esperara en el vestíbulo como había venido al mundo: blanca, rugosa y nostálgica.

Afuera esperaban los dos oficiales de guardia, escuchando con cierto placer ajeno los gemidos del comisario. Nada comentaban, pero sus ojos se miraban con complicidad y picardía. Sonreían imaginándose la escena de la cual, desgraciadamente, no eran partícipes.

A las doce y media salió Don Olegario Sánchez y los oficiales estaban en posición de descanso.

- ¡ Firmes ! -ordenó el comisario- Veinte pesos para vos y veinte para vos. Y gracias por la guardia, de parte de la señora.

Los oficiales miraron el dinero y, sin tomarlo, miraron luego al comisario.

- Diez más para cada uno -y agregó- Mierda, que cuesta caro el silencio.

Siguieron haciendo la ronda en calma por las calles, hasta que uno de los oficiales, curioso empedernido, preguntó :

- Oiga, don Olegario, aumentó de nuevo la señora,

¿no?

- Metete en tus asuntos, Camilo. Más caros me salen todos ustedes a mí de lo que le salgo yo a ella.

- Qué más da -dijo el otro- Usted no es el que paga. Si esto sigue así de concurrido me voy a dar una vueltita yo una de estas noches.

Los dos oficiales rieron. "Estaría bueno", pensaban.

- Ustedes me parece que la vueltita la van a dar por el Quemadero si se meten en lo que no les corresponde. Tienen su paga. Ya está. Y ahora, a separarse. Vos por la derecha y vos por el medio. Yo voy por la izquierda.

- A la orden -contestaron los otros a coro.

Se habían inquietado un poco con el asunto del Quemadero. La voz se les había vuelto más finita. "Se cagaron", pensó el comisario. "A ver si se me avivan y le muestran algo mejor a la vieja..."

Absorto en estas interesantes reflexiones estaba cuando escuchó un disparo proveniente del lado derecho del pueblo. Corrió y vio a los oficiales acercándose a una silueta a punto de caer.

- Quietos -gritó- ¿Qué pasa ?

- Trató de escapar, Don Olegario Pero no puedo distinguir quién es.

- Está bien, Camilo. ¡ Usted! -volvió a gritar- ¡ Acerquese !

Pero la silueta no se movía y con la oscuridad reinante no se veía nada. Estaba aplastada contra la pared, por lo poco que se podía distinguir.

- Creo que lo mataste, pelotudo -masculló el otro oficial.

Y se acercaron lentamente con las armas dispuestas a disparar. Pero no hizo falta; la sombra cayó estrepitosamente en el suelo y la linterna del comisario le iluminó la cara. De inmediato, los rostros empalidecieron, y con un estupor irremediable se miraron.

- ¿ Y ahora qué hacemos ? -exclamó el comisario- Es el Padre Fabio.

## VIII

El viento borró las últimas huellas del amanecer, y para esa hora ya tenían el cadáver del Padre Fabio en la comisaría.

- Hay que ver -dijo el comisario- cómo vamos a organizar este asunto.

- Podríamos llevarlo al Quemadero -dijo un oficial.

- Claro, y después les explicas vos a los del pueblo

lo que pasó.

- Habría que enterrarlo a cajón cerrado en señal de respeto a los difuntos en Gracia de Dios.

- Y organizar un buen velorio.

- Con café y flores.

- Bien, -dijo el comisario- de dónde sacamos el ataúd.

Los tres se miraron y se dieron cuenta de que hacía tanto tiempo que la gente no era enterrada, que ya no recordaban ni cómo era un cajón de muerto.

- Podríamos pedir uno prestado en el cementerio de la vieja Pirez -dijo Camilo.

- ¡ No podemos decirle a la señora Agraciada lo ocurrido ! -exclamó el comisario.

- Fue un accidente -dijo Camilo.

- Fue un asesinato -corrigió el otro oficial.

- ¡ Silencio ! -masculló el comisario- No es conveniente hablar así. Vamos andando.

-Adonde vamos ...

- A tomar un ataúd del galpón del cementerio que tiene la señora Pirez.

Así fueron andando como autómatas entre las casas, con caras de nada, silenciosos y sombríos. Se respiraba un ardor de sigilo incómodo que hacía transpirar a

los oficiales. De repente, el comisario paró en seco, como recordando algo inquietante.

- ¡ Esperen ! -casi gritó.

Los oficiales se detuvieron.

- Ustedes dos, par de inútiles ... creían que todo se iba a solucionar así nomás: un cajón, un velatorio, un par de putas arrepentidas llorando y listo, ¿ no ? ¡ Y yo como un pendejo haciéndoles caso a dos idiotas que no se dan cuenta del lío que se nos viene con el Obispo !

Se miraron los oficiales, como no entendiendo. Pero sí entendían. El mensaje estaba claro...

- ¿ Qué lío ? - preguntó Camilo, por decir algo.

- Qué lío. . .Qué lío. . . ¡ Vamos ! Ahora, todo el papeleo, la justificación, mandar a pedir otro cura... ¡ y lo jodido que va a ser ocultar que lo mataron !

- Yo no lo maté -se defendió Camilo- Fue un accidente.

- ¡ Pero te dije mil veces que no dispares si no ves quién es !

- Pero trató de escapar...

- ¡ Y eso qué importa ! Es un cura.

- Era un cura...

- Sí. Era un cura ... Era un cura que vos mataste, imbécil. Y ahora estamos todos comprometidos por tu

culpa. No. . . de ésta no salimos.

- Pero, qué puede pasar -preguntó el otro oficial.

- Puede pasar que nos manden una investigación de arriba, inspeccionen el Correo, y la Iglesia, y la Comisaría, y todos los papeles y las cartas y todo . . .

- Eso sin contar el Quemadero.

- ¡ El Quemadero ! No ... de ésta no salimos.

- Mire, don Olegario -dijo Camilo- La Iglesia jamás manda a pedir informes sobre nada. Este pueblo no existe . . . este pueblo no es. ¡ Qué van a saber ! . . . Cualquier cosa, mandamos un certificado de que todo está bien y listo.

- ¿No ves que sos un inútil ? Todo el tiempo, desde que el Padre Fabio llegó, la Iglesia manda a pedir certificados y papeles que el propio Padre Fabio llena.

- Llenaba ...

- Bueno, sí, y ahora no podemos hacerlo nosotros. Y aunque este pueblo no existe para el presidente y toda esa mierda, para la Iglesia sí existe. Y sobre todo en este país. El Obispo pide referencias de los pueblos a donde mandan a su gente ... pero qué te voy a explicar a vos que no entendés nada.

- No, si yo entiendo. Pero lo que no entiendo es por qué no podemos falsificar esos documentos. ..

- Porque con la Iglesia no se juega.
- Y con la gente tampoco.
- Calíate, vos, la iglesia no es la gente.
- Por eso mismo.
- Te dije que te calles. El comisario soy yo.
- Sí, don Olegario.
- La cuestión, acá, es que don Marcos Brasesco Jiménez del Solar ...
- Pavada de nombre ...
- Calíate. Decía que el Obispo, cuando pida el informe y se encuentre con que tarda o no llega, se va a alamar, y es posible que mande alguna carta terminante o algo así.
- ¡ O que se venga !
- ¡ Qué va a venir ! Para tantono es. Incluso si decimos que está muy enfermo que no puede escribir, y que nosotros lo haremos en su lugar, capaz que se queda tranquilo . . .
- No -dijo el comisario- ustedes no entienden nada. No se dan cuenta del lío que es matar a un cura. Este hombre era como una ovejita del Obispo, que a la vez es la ovejita del Arzobispo Juan del Carmen Trejo y Santillana, que a su vez es ovejita del Cardenal encargado don Mario de las Mercedes López y Córdoba.

-Oiga, don Olegario, ¿ todos tienen esos nombres?

- En vez de ocuparte de boludeces podrías ver la forma de salir de ésta ...

- Pero yo quería saber ...

En medio de la calle, al anochecer, con el cadáver del cura en la comisaría, ellos se quedaron discutiendo sobre la Iglesia y su asunto, mientras en la lejana gran ciudad nadie recordaba la existencia de aquel pueblo.

En algún rincón de los enormes despachos arzobis-pales dormía el legajo del Padre Fabio y su pueblo, el cual lo había recibido con una salva de cañonazos en los mejores tiempos, y lo había despedido a tiros y con una salva de silencio y ocultamiento.

También dormía el pueblo sin querer creyendo lo que se veía claro pero no se debía ver, y el Obispo y el Arzobispo y el mismísimo Papa cenaban opíparamente en ese mismo momento, sin saber lo que tampoco podían saber, ni llegarían a saber jamás. Mientras tanto el padre Fabio era un problema de papeleo para el Comisario y sus oficiales, que no podían tampoco saber que éste era un detalle nimio al lado de todos los problemas de la Iglesia.

Así, en medio de la calle, el comisario resolvió la situación planeando uno de los acostumbrados decre-

tos mediante los cuales censuraba las voluntades y las vidas de los habitantes, esta vez destinado "... a los que se mueren por los tiros de nadie", mientras en la comisaría oscura, el Padre Fabio comenzaba a ser comido por los gusanos.

-Pucha, qué lío, che -dijo Camilo.

-La próxima vez fíjate -le contestó el otro.

-Eso ya me lo dijiste. Pero, en serio ... qué destino el de este hombre. ¿ Y ahora ?

-Vamos a dormir, que mañana tenemos que llorar en el entierro.

Aquella mañana no hubo campanadas, ni misa, ni capilla abierta. La noticia del ataque cardíaco del Padre Fabio corrió más rápido que un venado. Todos se lamentaban con frases hechas, lágrimas, y refranes.

Hilda Bianco recordó la conversación del día anterior con el Padre.

-Yo le había advertido -le dijo a Malena, que preparaba su vestido de organdí negro para asistir al velatorio -Yo le había dicho que no hablara tanto, pobre santito ...

Malena no respondió. Tenía en sus ojos un brillo amargo y calmo que no le permitía llorar, ni respirar normalmente. Sus manos temblaban y en su garganta

nacía un grito ahogado, reprimido, que no alcanzaba a palpar con su sudor frío. Eso era el duelo.

- Yo le había advertido -seguía diciendo Hilda Bianco- Ahora nadie podrá perdonarnos nuestros pecados.

## IX

A las once de la mañana, en la capilla, estaba el cajón de madera de roble lustrado, totalmente sellado. El comisario, con semblante de pesadumbre, daba órdenes a sus hombres.

Rosario Miranda entró a la capilla con un vestido de seda gris y negro acompañada por cinco mujeres de estricto luto.

- No hay flores -dijo una.

Todas se miraron y se dieron cuenta de que en el pueblo ya no existían florerías. Es que no había a quién ponerle flores, sino a ese montón de cenizas provenientes del Quemadero, que se volaban y caían sobre los techos de las casas.

- No hay muertos. Hay quemados. - murmuró otra.

- Este es el primer muerto decentemente muerto desde hace mucho tiempo -sentenció la más vieja de todas.

- Hay que conseguir flores -declaró Rosario Miranda.

Y salieron a buscar rosas, claveles, jazmines, calas y crisantemos de sus propios jardines.

Cuando regresaron encontraron bastante gente reunida, que rezaba.

De a poco, todos los demás fueron llegando a " ver el muerto ".

Unos, porque creían que con su presencia, el alma del Padre Fabio se elevaría acompañada; otros, porque tenían interés en verlo ( frustrada morbosidad); otros por puro cariño y respeto; pero la mayoría porque jamás habían velado a nadie.

Estaba el comisario, pálido y ojeroso, con sus oficiales. Rosario Miranda, Hilda Bianco, Malena, don Jimeno Díaz, Guadalupe, Ernesto Losada y su mujer, Hortensia Acuña de Sánchez, Oreste Galván, Saturnino Márquez y hasta la misma Agaciada Pirez que pensaba cuan parecido era aquel ataúd al que había hecho fabricar expresamente para su propio cuerpo. Había curiosos, niños, perros y las palomas del santuario, los obreros de la construcción y las parteras de un pueblo vecino.

Era un suceso.

Los más viejos tocaban el cajón y pedían la última bendición del Padre.

Cerca del mediodía sirvieron café y pasteles de dulce de batata para todos en el nombre de Dios y pidieron al difunto que bendijera la comida.

Luego llevaron el cajón al cementerio de la señora Pirez que se sentía honrada por la presencia del Padre en su hogar, aunque fuera muerto.

Una vez que estuvo sola frente al ataúd habló:

- ¿ Vio, Padre, que alguna vez iba a venir a visitarme ?

## X

Desde aquel día en que el Padre Fabio dejó de existir, la capilla se volvió más solitaria que de costumbre. Las telarañas, los sapos nocturnos y las cucarachas negras eran los anfitriones oficiales. Una extraña y profunda razón llevó a la gente a no ir más a rezar, ni siquiera los domingos. El clima se había puesto denso y turbio; las miradas, acusadoras hasta con el más ínfimo movimiento, fuera de toda rutina. Aquello no favorecía al Comisario y menos cuando recordó la predicción de la gitana que le leyó la mano.

- Usted la va a pasar muy mal mientras siga mintiendo, robando y matando. No obstante, las riquezas cuantiosas y la larga vida serán para usted.

Eso compensaba. "Gitanas de mierda", pensó. Se hundió en la redacción defectuosa de un comunicado en el que se prohibía todo esbozo de sonrisa cómplice. Acotaba también que el que que ría reír lo hiciera sin malicia ni resentimiento, o de lo contrario sería arrojado vivo al Quemadero.

Aquel comunicado no cambió las cosas, ni modificó actitudes por un tiempo, sino que logró quitar de los rostros las últimas luces que quedaban. A veces, cuando leía las cosas que él mismo escribía no sabía qué hacer: si reír o llorar, y analizaba situaciones, imaginaba y comparaba la realidad con las predicciones de las gitanas. En general su opinión sobre el gitanerío ambulante era vaga, porque no sabía bien si creer o no. Sostenía que tal vez era verdad lo de las líneas de la mano pero al mirarles los ojos a las mujeres coloreadas con rubor barato y transpiración, veía desconfianza y mentiras.

A pesar de ello esperaba que se cumplieran los designios y las promesas. Tan así era que algunas noches, antes de dormir, salía al patio de su casa y miraba al

cielo para ver si le caía algo.

Una vez llegó un carronato medio agujereado pero colorinche y alegre, lleno de globos y guirnaldas, con muchos perros y gatos histéricos que se corrían entre sí, hombres sudorosos y prostitutas que lo hacían hasta de fiado. Todo muy simpático; las gitanas con sus bolas de cristal aparente distraían a la gente de todo aburrimiento; y con sus bocas llenas de palabrotas y vacías de dientes, gritaban a los cuatro vientos los destinos de todo aquel que se expusiese a la mano "infalible" del destino.

Aquello duró tres semanas. Comenzaron a creer que se quedarían por siempre y para siempre. Parecía un sueño, un pueblo de colores, algo irreal, que no podía ser... y realmente no era, porque un amanecer ya no estaban. Entonces el Comisario respiró profundamente y mandó limpiar todo el desquicio causado por el gentío a lunares.

Todo el tiempo que habían estado, don Olegario había olido algo mal, muy mal. Por eso esa vez fue la única que no se dejó leer las líneas de la vida y de la muerte y de la suerte y todas las demás líneas que tiene el hombre por todos lados. A esas gitanas no les creía, tenían caras de necias comerciantes. Es decir, toda la comitiva era una risa en todo, no se les podía creer, es

una vergüenza esto, por favor, a ver si traen alguna peste a este pueblo tan sano.

Y sí. Habían traído la peste de la alegría. Pero no se preocupe, don Comisario, nosotros la traemos pero nos la llevamos cuando nos vamos.

No es para menos, éste es un pueblo tranquilo ... Buéh, quédense no más pero no hagan mucha bulla, ¿eh ? No, no, gracias; no quiero saber mi futuro, ya lo sé.

Así fue. Sé quedaron tres semanas y se fueron así como así, los locos apañuelados, azules, blancos y negros, las gordas con sus manos sin rayas, los animales rabiosos y las flacas histéricas.

A las dos semanas de la partida de las gitanas el pueblo se sumió en una tristeza irreparable, incontrolable, que lo invadía todo. Entonces, a partir de ese momento, toda comitiva gitana que visitara el lugar sería recibida sin mucha alharaca. ( Aunque jamás retornaría una como aquella ..). Pero siguiendo las meditaciones y el decreto y el curso, dicho comunicado decía muchas cosas: sólo los niños tenían el privilegio de sonreír, con la condición de que no gritaran entre las cuatro y las diez de la noche. Nada ocurrió. Los niños dejaron de reír sólo por leer el bando; y no salían a las calles salvo para saber si era de día o de

noche. A veces, en los patios, juntaban estrellas con los ojos y se amargaban de su niñez tan poco alegre.

Los oficiales fueron los primeros en reírse del comunicado. El comisario chistó y rompió a carcajadas, y entre ésto y aquéllo pensaba en las futuras " caras de culo " que sobrevolarían la atmósfera tan poco cálida del lugar.

- Este es un año áspero -dijo don Jimeno Díaz al leerlo- Es el desquicio y la corrupción. Todos quieren un hilito de poder para rescatar el placer de gobernar la dignidad de los demás.

Y empezó a reírse. Se reía con tantas ganas que los que estaban con él se fueron apartando poquito a poco por miedo a que los confundieran con cómplices de un viejo esclerótico que no hacía más que contradecir las órdenes impartidas.

Los botones de la camisa le reventaron y la vena yugular se le hinchó tanto que se volvió morada en menos de un segundo.

Los papeles con el decreto estaban colgados en todos lados, así que ya estaban entendidos hasta los huesos de los muertos más muertos.

El silencio era tal, que la primera carcajada de don Jimeno tronó en el aire y rebotó en todos los oídos, las

casas, las plantas y las piedras. El eco era insoportable, instaba a reír y a llorar por no poder hacerlo. Despertaban envidia las agallas del viejo, y pena... no tanto por lo viejito sino por lo loco que algunos creían que estaba.

Los niños salieron a la puerta y, asustados por el solo hecho de pensar en reír (eran las cinco de la tarde), se esforzaron en llorar, sin lograrlo. Entonces encontraron un remedio mucho mejor: se metieron todos debajo de sus camas, como robots manjados por una sola mente, y esperaron con paciencia la salida de las estrellas.

Alrededor de don Jimeno se había hecho un círculo de gente que lo miraba despanzarse de risa por el decreto; algunos con miedo, otros con pena, pero la mayoría con respeto. Se habían marchado y habían vuelto porque si bien el viejo estaba infringiendo la ley, era un espectáculo digno de verse. No era para menos: don Jimeno era una reliquia histórica. Y vaya si no se podía reír a estas alturas. Atraído por el carcajadeo, el Comisario se armó de ametralladora sin cargar y fusiles de aire comprimido e irrumpió en la ceremonia de la risa.

Sólo al verlo llegar, y comprendiendo su cara de

estupor e impotencia, el viejo dejó de reír, para sonreír, para descansar del agotador oficio de burlarse de la vida y para decir:

- A ver, Comisario, ahora tíreme al Quemadero.

## XI

El decreto trajo amargas complicaciones. Las personas no sólo no reían sino que casi no hablaban, porque no encontraban nada que decir.

Al principio comenzaron charlando de trivialidades serias, cosa de no decir nada que diera motivos de risa. El decreto rezaba que podían reír de cosas " sin malicia ni resentimiento ", pero daba la casualidad de que las únicas cosas para reírse eran las payasadas del Comisario y sus oficiales, sus ocurrencias y sus ridiculeces, y eso era precisamente lo que debían evitar.

Luego tomaron la resolución de hablar lo menos posible, porque cualquiera fuese el tema siempre desembocaba en el comunicado, y eso era gracioso por donde quieran que lo miraran. Tanta voluntad pusieron en la empresa de olvidar la risa, que en menos de un mes nadie se acordaba de lo que significaba la palabra "chiste ". Cuando alguien la nombraba por error o eos-

tumbre, todos se miraban como preguntándose en qué idioma hablaba el que la había pronunciado. Aún así, ciertas situaciones risueñas se fueron convirtiendo en pavorosas y terroríficas; así que tampoco hacía falta asustar para curar el hipo, pues a raíz del bando no había motivo para hipo ni para susto. Bastaba con pensar en el Quemadero y aquel extraño hábito de sonreír a veces. Así fue como el hipo fue historia pasada en el pueblo vencido por la amargura.

Finalmente optaron por no hablar y evitar todo contacto entre sí, para no crear situaciones graciosas y privarse de hablar de las últimas ridiculeces del comisario que, en su afán por hacer reír a alguien, a fin de revivir el placer de arrojar vivo al Quemadero a algún "sarnoso infractor", se paseaba por las calles con los bigotes pintados de rosa.

Eso fue a los tres meses del comunicado, cuando todos se habían olvidado de que, en el mundo, aún existían otras cosas además de la angustia. Si el comisario en verdad quería que nadie más se divirtiera, lo había logrado hasta tal punto que el resultado de su temerario bando sería totalmente inesperado.

Todo comenzó en lo de Sendra Falcón, una mujer de muchas palabras que había sellado su boca por com-

pleto y se había ocupado en zurcir agujeros en las sesenta y ocho alfombras de su residencia. Era la segunda y última terrateniente, además de Agraciada Pirez. Y era tal su preocupación por no reír, que hasta calculó el tiempo que le llevaría zurcir todo lo que tenía para zurcir: exactamente dos años y veintitrés días. Ocupada como estaba, absorta en su labor, se olvidaba de comer. Trabajaba desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, luego dormía tres horas y reanudaba la tarea hasta altas horas de la madrugada. Guadalupe se había hecho rica con la empresa de Sendra Falcón. ( Nunca se supo por qué ).

La costumbre de coser y zurcir sin hablar, sin cantar, ni nada, le había dejado inmóvil la mandíbula inferior. Sus huesos se soldaron y ya no pudo abrir la boca. Cuando se acordó de que tenía que comer, se sorprendió de lo flaca que estaba; sus ropas se le caían sin remedio. Pero lo peor fue cuando, después de haber cocinado como para un batallón entero: tres corderos y cerdo y tres fuentes de ensaladas varias, descubrió que no podía abrir la boca sellada por el silencio. Despavorida, salió corriendo hacia lo de Guadalupe y encontró a Agraciada Pirez limpiando por centésima y una vez sus zapatos de charol a fin de ocupar su tiempo, y a

Guadalupe ordenando la mercadería, de espaldas a doña Agraciada, haciéndolo por orden alfabético. Tomó un lápiz y un papel y escribió: "No sé qué me pasa. No puedo abrir la boca". Cuando Guadalupe leyó, quiso decirle algo pero se encontró con que ella tampoco podía y a Agraciada Píez le ocurrió lo mismo.

Aquello era una situación más que alarmante. Guadalupe escribió: "Vamos a comunicárselo a los demás".

Así fue. A la media hora todo el mundo hacía esfuerzos por abrir la boca sin lograrlo, ante la desesperación de sus ojos.

Los niños podían abrirlas porque de noche comían estrellas para dejar el cielo limpio, pero sufrían otra aflicción: el estómago se les estaba volviendo azul. Ellos no lo sabían, por lo que no constituía un problema urgente.

A las tres de la tarde, el médico tenía doscientos ochenta y cinco pacientes, esperando. De los trescientos faltaban: don Jimeno, los diez chicos del pueblo, el comisario y los oficiales, además del mismo médico que jamás se olvidaba de comer, así como tampoco había reído en su vida.

A todos les decía lo mismo: " Se soldaron las dos mandíbulas. Haga ejercicios ". Y les daba unas tablas.

Por la noche, todo el pueblo estaba consagrado a ejercitarse para ver de poder abrir la boca sellada por el silencio.

Don Jimeno Díaz se paseaba por las calles y miraba las ventanas iluminadas por el vacío.

"La boca sellada por el silencio -pensaba- por el silencio".

## XII

De alguna manera, don Jimeno sabía lo que vendría después, porque se encerró en su casa y no salió por dos meses.

De las personas afectadas sólo se habían curado noventa. El resto palidecía día a día, hora a hora y el médico ya no sabía qué hacer. Todas las vitaminas inyectables que tenía las había usado, los sueros, los remedios estaban agotados. Sólo había que esperar.

Mientras tanto, el comisario se convencía de que era un teatro montado para anular el decreto, y lo reforzó prohibiendo el llanto espontáneo, alegando que tanto

la risa como el llanto eran recursos que no se adecuaban a los cambios del mundo. Tal frase (sin el menor sentido) hizo a don Jimeno llorar de risa y romper el nuevo decreto en las narices del comisario. Luego lo llevó a la tienda de Guadalupe (que no se había curado) e hizo que intentara abrir la boca. Guadalupe se puso gris violácea por el esfuerzo y el comisario se convenció. Abandonó la tienda y fue a refugiarse a la de Agraciada Pirez, que se había vuelto una mujer más dada. Tampoco ella se había curado. Al verlo llegar escribió un letrero que decía: "Gracias por todo" y lo echó a escobazos. El comisario no volvió más. Se encerró en su casa hasta que pasara la peste del silencio. Su mujer estaba sana. Y eso lo calmó un poco. Pero no le hablaba.

Pasaron tres meses y medio. Los apestados sabían que no sanarían jamás y esperaban la muerte realizando actividades cotidianas. Guadalupe legó el negocio a Rosario Miranda, le enseñó los pormenores de la contabilidad y fue a despedirse de don Jimeno. Desde la ventana, en el interior de la casa, Jimeno la saludó con la mano. El amanecer la encontró muerta entre latas de sardinas apiladas de a cinco.

En los días siguientes desaparecieron treinta muje-

res más. Al mes, Agraciada Pirez murió entre sábanas de rasó, carcomida por el hambre; y a Sendra Falcón la encontraron sobre una alfombra con una aguja entre los dedos, muy semejante a ella.

A las dos semanas, los hombres del bar murieron entre sus mesas con las costillas partidas por el hambre y a los niños se les reventaron los estómagos de tantas estrellas; se desangraban en azul y morían en brazos de sus madres que morían en brazos del hambre.

" Hambre, hambre, hambre" -pensaba Jimeno en su cautiverio-" Y todo por un puto decreto "

En pocos meses la población se había reducido en ciento veinte personas a causa de la peste del silencio.

Cuando todo acabó, don Jimeno salió de su encierro y respiró profundamente el amargo olor nauseabundo del Quemadero encendido.

" No moriremos -pensó- hasta que no tengamos cementerio ". Caminó hasta la esquina; allí instaló su silla. Desde ese lugar se podía ver el humo negro del Quemadero desvencijado, pero tan vivo como en el primer instante.

- Jamás moriremos- dijo.

En ese momento alcanzó a inspirar un inocente olor a muerto niño, y vio humo azul eléctrico elevándose

sobre los techos. Una lágrima se escurrió por sus grietas.

### XIII

Las casas de los muertos estaban intactas. Los que quedaron estaban sanos y curados, ya no había niños y los animales habían sido sacrificados por un nuevo decreto: "Las peores pestes las transmiten los animales".

Las cárceles estaban vacías pero abiertas para recibir a "alguno que quisiera enfrentar a la autoridad".

El pobre comisario sabía bien que en ese pueblo donde se había arrancado de cuajo la risa, el llanto, la esperanza y los animales, ya no había ni ánimo de levantarse contra nadie.

Fue por ese entonces que Rosario Miranda vendió todo y se fue a la Capital.

- Volveré -le había dicho a don Jimeno.

Este sonrió y le acarició la cabeza.

- No -respondió- no tendrás necesidad de volver porque siempre vas a estar en este lugar.

- Le voy a escribir, Jimeno -prometió con una voz reseca por el llanto reprimido y las ganas de irse y

volver y estar y morir con aquel centenario al que amaba.

- Aquí no llegan las cartas -le recordó el viejo.

- Lástima.

Y se fue dejando que, nuevamente, las grietas de don Jimeno se llenaran de lágrimas.

La fiebre del irse invadió el pueblo. No todos podían. Hilda Bianco apareció una mañana en la casa de don Jimeno para invitarlo a partir.

- No, gracias - replicó él- no hay lugar en la tierra que me pertenezca, pero yo le pertenezco a este lugar.

Y así transcurría su agotada vida, esperando el día en que alguien construyera un cementerio para sus muertos.

En realidad, el viejo Jimeno dormía un sueño pesado entre tanto hastío. Se sentaba tardes y tardes y tardes enteras a recordar episodios lejanos y otros no tan lejanos.

Tenía una norma de vida que le permitía recordar el pasado sin amargura.

Así era como veía a Guadalupe cuando recién nació. Su madre, la generosa Hortensia de las Mercedes, no la había deseado; pero por esas vueltas de la vida había

quedado encinta. No obstante, la fue queriendo mucho mientras avanzaba el embarazo. A los siete meses ya la esperaba con ansiedad. Cuando nació, era morena y muy hermosa; de ojos límpidos y puros, mirada que al crecer se fue endureciendo cuando perdió a su madre, a los diez años. Hortensia sufría del corazón y no era una mujer sana. Además, era frágil. Don Jimeno siempre había estado con ella y a Guadalupe la ayudó y acompañó hasta el día de su muerte. Para ese entonces Jimeno ya estaba viejo, con aspecto de cansado. Y ahora estaba igual. Vaya a saber por qué razón. La cuestión es que a Guadalupe la vida la había probado de muchas maneras. El viejo recordaba también cómo se había hecho cargo del negocio que la madre le había legado (una herencia poco fructífera, pero fuente de sustento).

En esos pensamientos estaba cuando afloró en su mente la figura de don Carlos Cafrán, el vendedor de cubos de cemento. Con su malefín gris como la cal, apareció hacía años ya por el pueblo que estaba lleno de casas precarias, e imposibilitado de comprar cubos de cemento, ni de granito, ni de nada. Incluso, cuando Carlos Cafrán se acercó a la tienda de Guadalupe a ofrecer su mercancía, ésta le dijo risueña: "¿ Para qué queremos cubos de cemento si aquí ya tenemos uno ?"

Lógicamente, Cafrán no entendió absolutamente ninguna de las palabras de Guadalupe quien, en realidad, se estaba refiriendo al comisario; pero la manera como lo había dicho resultó tan graciosa, que a este señor le cayó demasiado bien la morenita y regresó a visitarla varias veces. Todos los días iba a la misma hora con la excusa de convencerla para que le comprara sólo un cubo, aunque ya hubiera uno en el pueblo, que tenía que volver a su lugar, y que si ella seguía así él no podría irse jamás, y que realmente qué bien se está junto a usted, Guadalupe, qué forma de ser tan encantadora tiene, que tengo que regresar y no quiero, y por qué no nos casamos Guadalupe y en fin.

Realmente a Guadalupe jamás le había sucedido nada como eso y se sentía aturdida y muy extraña. Ella había sido la morena que vivía con su almacén a cuestras como caracol con su casa y no conocía de amores, ni de palabras dulces, ni siquiera le había gustado alguien alguna vez.

Como era de esperarse, ahí estuvo Jimeno dando consejos.

- Mira, hija. Me parece que tenes que pensar bien en todo esto; yo creo que él te quiere de verdad. No lo

rechaces. Si te quiere llevar con él, bienvenido sea.

- Sí, don Jimeno, ¿ y la tienda ?

- Ah, eso es mío desde el momento en que te vas. Yo lo cuido, lo atiendo y te aseguro que lo puedo hacer tan bien como lo hubiera hecho tu madre, como lo haces vos a hora.

- Sí, don Jimeno, ¿ y usted ? ¿ Qué va a ser de usted sin mí ?

- Mejor déjame que te haga esta pregunta: ¿ Qué hice con mi vida hasta que llegaste vos ? Que yo sepa, yo soy viejo y sé manejarme solo, ¿ no te parece ?

- Por eso mismo, porque usted está viejito y yo no puedo ...

- Hija, hija, un momento: ¿ no sabes qué voy a hacer con mi vida o te preocupa qué vas a hacer vos sin mí, sin tu casa, en un lugar desconocido y con un hombre que no sabes cómo te va a tratar ? Entonces, ¿ es tu vida o la mía ? ¿Cuál de los dos e stá asustado ? Yo me quedo y te despido. Vos te vas. Recordá que el negocio es tuyo. Yo sólo administro y me sirvo de él para vivir. Pero no olvides que este pueblo está lejos de todo. Y hay que saber irse con convicción y valentía.

- Gracias, don Jimeno. ¿ Qué voy a hacer sin usted cuando no esté más aquí ?

A don Jimeno se le encogió el corazón en ese instante. Se dio cuenta de que ella se iría para no volver, la querida hija que nunca había tenido.

- Vivir a tu manera y recordarme. Y en cada situación difícil pensar en lo que yo te diría. Guadalupe: no somos eternos, y estas cosas nos ayudan a crecer.

- Sí, don Jimeno.

- Ahora, hija, la pregunta: ¿ lo querés ?

- Absolutamente.

- Entonces, ya decidiste.

Pero además de todo eso, hacía dos días que Carlos Cafrán había desaparecido de la tienda. A veces solía ocurrir. Se lo veía por el pueblo caminando solo y pensativo, como si una idea le pesara más que uno de esos cubos que tenía que vender.

Al tercer día regresó y estuvo desde la mañana hasta la noche con Guadalupe. Don Jimeno los visitó un rato y se quedó encantado con la pareja; pero algo callaba. Había algo allí que no, que no encajaba, y era algo que estaba por suceder, pero él no podía determinar qué era . . .

Por la noche, Carlos Cafrán decidió quedarse en casa de Guadalupe y ella experimentó entonces y supo hasta dónde su propio amor podía llegar. Se dio cuenta

de que podía llegar muy lejos, pero muy lejos.

Al otro día despertaron juntos, tomados de la mano, y fueron como uno solo.

Pero por la tarde don Jimeno tenía una cara de angustia que no cabía en sí; no se podía describir. Era la angustia dibujada en un rostro puro e inerte. La encontró acomodando latas, completamente sola, cantando entre papeles de envolver y números de sumas y restas.

Al verlo llegar se alarmó.

-Qué pasa, don Jimeno ?

-Ay, hija . . .

-Pero dígame qué pasa.

-Las cosas van a desarrollarse como deban desarrollarse. Nada más.

-Ay, abuelo, cuando usted se pone así, no hay quien le saque palabra. Ya vamos a hablar cuando venga Carlos y entonces se va a alegrar un poco más.

-Carlos no volverá, Guadalupe.

Se hizo un silencio profundo que impregnó las paredes.

-¿ Cómo dice ?

-Hace días que le han dicho que entre vos y yo ... no sé. Yo no puedo concebir esto ... pero es así. Y se

ha ido hoy, a las dos de la tarde sin saludar ni despedirse. Lo poco que pude saber de lo poco que dijo es que a este pueblo no lo pisaría jamás. Nunca más.

Guadalupe no lloró. Siguió acomodando mercancía. Nadie supo jamás qué era lo que pensaba, ni cómo había quedado. Pero trató de encerrarse lo más posible y las pocas veces que salía era para mirar un poco de cielo.

Le llegaron voces de que Carlos Cafrán había intentado hacer caso omiso de los chismes, pero todo había sido tan, pero tan fuerte que hasta llegó a decir que Jimeno era un viejo degenerado y de ella cosas espantosas que prefirió no saber.

Don Jimeno, siguió viviendo como si nada, pero dolorido por la suerte que su hija del alma había corrido. " Como siempre " -pensaba- "La gente tiene una mente muy limitada".

Y todo seguía igual, menos el corazón de Guadalupe.

Al recordar todo esto don Jimeno se sintió cansado y trató de dormir.

- Para que podamos morir -se decía.

También por ese entonces la casa de Agraciada Pirez

- Ahí viene el inútil -sonrió Camilo.

El comisario entró con aires de autoridad quebrantada. Los oficiales ni siquiera lo miraron.

- Respeto a su superior -dijo el comisario con un tono que disimulaba un ruego.

Los oficiales se pararon, hicieron la venia y se echaron a reír." Respetos eran los de antes ", pensó don Olegario. Y se puso en la tarea de redactar un nuevo decreto que prohibiera que en el pueblo hubiera más de ochenta personas.

- ¡ Qué hace ! -exclamaron los oficiales.

Cuando Olegario Sánchez les explicó, se miraron con un aire de pavor y tristeza. Aunque no les extrañaba. Desde hacía más de cuatro meses el comisario había estado viendo apariciones. Veía a su madre cortándole el pelo a su perro en una celda. La número nueve. Todos los días, a las cinco de la tarde, se sentaba en la celda número nueve y veía pasar el circo, escuchaba los relatos de su bisabuela y conversaba con su madre mientras ésta le cortaba el pelo a su mascota. Desde aquel instante, el comisario se sintió más solo que nunca retornando a un pasado que le acariciaba las sienes y le carcomía las costillas. Fue también a partir de ese momento que comenzó a decretar las prohibi-

ciones de la risa, el llanto y, ahora, si era necesario, exterminaría a la " gente de sobra " para que no hubiera más de ochenta habitantes.

-Que se cumpla -dijo- Es ley.

Los oficiales salieron corriendo, porque, en efecto, su palabra (en el pueblo) todavía era ley.

Cuando se enteró, la gente comenzó a alarmarse.

Don Jimeno continuaba callando entre palabras inentendibles, y sonrió al conocer la noticia.

-No creo que se atreva -aseguró- pero, por las dudas, tomen sus precauciones.

Los que lo escucharon no volvieron a salir de sus casas.

Un torrente de terror se escondía entre las mentes más inverosímiles. Los optimistas tropezaron con la realidad cayendo en la cuenta, finalmente, de que en aquel lugar el optimismo había sido lo primero que había sido olvidado. Las viudas enlutaban en el vacío con sus penas y sus miedos. Y los románticos, se suicidaban en masa al amanecer.

Los que no lo escucharon no tuvieron el tiempo para lamentarse. No sabían que el comunicado era ley, terminante y verdadera. Rondaban por las calles con la cabeza bien baja como para hacer creer que estaban en

sus propias casas (a merced de todo oficial que llevara bien la cuenta), y era igual.

Realmente era igual. Cada oficial llevaba un pape-rito con el conteo. Sobraban cuarenta. Por las noches se reunían a beber y a contar junto al comisario que se abstraía en el circo y se divertía con su bisabuela loca, quien le contaba cómo había ganado la guerra Ramón Juárez a lomo dé toro.

En menos de seis meses eran cincuenta. La cuenta se les había perdido entre tanto vino y alucinación.

Junio se acercaba acechando con presagios de sangre el triste sanseacabó de una ruina viva que jamás tendría su digno lugar para el recuerdo.

## XV

La pérdida de la risa, la peste del silencio, la ausencia de llanto y los equis muertos del decreto número sesenta acompañaron a junio con su desdicha.

El galpón de la herrería fue cerrado inmediatamente después de morir el último obrero: Oreste Galván. Había tratado de mantener la inútil herrería hasta más allá de todo cálculo. Había sido arrancado de su casa poco antes de medianoche, mientras cerraba la puerta

con incertidumbre y arrojo. Recordaron sus gritos, su memoria y la simpleza que siempre lo había caracterizado.

Nadie se enteró. Es decir, nadie jamás supo lo que en realidad ocurría.

Todos se iban, pero nadie sabía adonde, ni cuándo, ni por qué.

Los que vivían cercanos al Quemadero, habían sellado sus narices con indiferencia y sus ventanas estaban impregnadas de una película viscosa, nauseabunda y pegajosa que ellos no veían. El humo negro del Quemadero llenaba las noches de partículas tan extrañas y penetrantes que, a fuerza de no tener dónde ir, se habían familiarizado con las casas colándose entre el musgo y el espanto. Pero nadie sentía nada.

Don Jimeno pensó que aquello de no percibir olores era el producto de algún nuevo decreto oficial (número quinientos ocho) y fue a ver a la gente más próxima al Quemadero. No le abrieron. La única que se asomó por entre los barrotes del crepúsculo fue Aurora Vieytes (una solterona sádica que se regocijaba entre el olor a la lejanía y la desesperación).

## XVI

Las personas se iban, pero no del pueblo. Desde que comenzó la gran locura de los comunicados sólo diez o veinte habían podido huir.

Pero los que aún conservaban la memoria, en silencio y con la luz apagada recordaban dificultosamente la época en que el Padre Fabio empezó la construcción del salón de festejos, el tiempo en que Juan Silberia se cagaba en el comisario con sus aires de infante transpirado, o cuando Guadalupe fiaba a los que sabía que jamás le pagarían. También llegaban a recordar a Rosario Miranda, el alma solitaria del lugar, o a la ricachona Agraciada Pirez, de la cual no se había dicho nada ni siquiera después de muerta, pero todos veían al comisario con ropas poco lujosas y humor de perro sin comida. También a veces se atrevían a recordar cuando se animaban a hablar con don Olegario, antes de la locura.

A principios de noviembre murió de nostalgia la esposa de don Ernesto Losada. Las pocas personas que quedaban escoltaron al viudo hasta el Quemadero. Se podía percibir aún el olor a salitre y resignación entre

los escombros. Eran las dos de la tarde, pero parecían las ocho de la noche.

- No quiero dejarla aquí -murmuró don Ernesto entre dientes- Va a parecer que murió como los demás.

- No importa -contestó uno- Usted sabe que no es así.

Aquella voz consoló más a don Ernesto que todas las condolencias que recibió. Jamás supo quién se lo dijo, ni se preocupó lo suficiente por averiguarlo.

- Chau -fue lo último que se le escuchó decir aquel día.

Pero Jimeno lo previno.

- Nos pudriremos en vida hasta el momento de decidir si vamos a morir o no. Y eso ocurrirá cuando tengamos dónde hacerlo.

Don Ernesto lo miró a los ojos: aquel brillo de seguridad que renacía como en los tiempos en que corrían juntos por las praderas persiguiendo mariposas para luego liberarlas, lo hizo vibrar de miedo y sudar de pasado.

Se echó el sobretodo y desechó los amargos vaivenes de la memoria. En ese instante recordó que siempre se habían tratado de "usted". Pero no dijo nada.

Al llegar a su casa, el vacío le secaba las lágrimas;

y tenía la garganta tan seca que apenas podía respirar.

- Chau -dijo.

Esa noche no pudo dormir por el frío y la fiebre. Pedía a gritos agua con azúcar . Rogaba por una taza de té.

Guadalupe entró con la diligencia de siempre a servirle el té; y Agraciada Pirez le alcanzó el agua. Tan atónito estaba don Ernesto que pensó que la fiebre le había provocado delirio. Pero Guadalupe se adelantó a toda palabra:

- La próxima vez , escuche mejor a don Jimeno, ¿sabe ?

Bebió el té y el agua con azúcar; y durmió sorprendiéndose de que Agraciada Pirez hubiera sido capaz de servirle. La fiebre había bajado y no estaba solo. A su lado, acomodando la ropa y lavando lo que había quedado, su mujer cantaba sin voz, ni música, ni letra, amándolo como siempre lo había amado. Luego fue al baño y se miró en el espejo.

Estaba más hermosa que nunca.

## XVII

Con el tiempo, don Ernesto y don Jimeno se fueron

entendiendo como cuando eran chicos. Los que quedaban ya no les hacían caso, porque demasiados problemas había como para atender a viejos locos.

La tranquilidad de lejanísimos tiempos se había perdido para siempre. Le costó mucho a Aurora Vieytes acostumbrarse a la muerte en vida, aunque el encierro la ayudaba a olvidarse, además de su propia juventud tan pasada, de que había gente detrás de las cortinas. A fin de año murió entre sus retratos de almirantes y marineros que no habían reparado en sus ojos de almendra y sus labios de hielo. Ninguno se percató del hecho hasta que atinó a pasar por allí uno que vivía lejos del Quemadero. Apestaba. Y todos juraron, a partir de ese momento, interesarse por sí mismos para que no se pudrieran más cadáveres. ( El Quemadero la recibió sin extrañeza).

Poco a poco, la atmósfera cambió. Se volvió fantasmal durante la noche, y lúgubre durante el día. Las caras de los que quedaban parecían tan arrugadas y muertas que don Jimeno se acostumbró a llamarlos "pequeños espacios ", porque alonde ellos iban se hacía un vacío de aire, se respiraba espera hasta decir basta y ellos terminaban sin sonido, moviendo los labios sin moverlos y caminando sin caminar, pero

estaban allí. Si alguien pasaba y sentía un dejo de luto paciente, sabía que había allí uno de los que no había partido. Entonces se hacían a un lado para poder ver de quién se trataba. A su vez, el otro "pequeño espacio" hacía lo mismo y así... Todos eran conscientes de que se iban esfumando con la espera y hacían más fácil el trámite de morir recordando viejas hazañas o episodios pasados.

Por aquellos días, las flores de la casa de Agraciada Pirez crecieron tanto que taparon las ventanas con su colorida invasión. Rompieron las baldosas del patio y se situaron en la puerta principal. No se movieron de allí por varios días. Don Jimeno iba, les secaba los pétalos y les hablaba. Por la noche las regaba el amor del rocío callado. Cuando misteriosamente regresaron a sus lugares dejaron todo tal cual estaba.

Fue entonces cuando los "pequeños espacios" se dieron cuenta de que también el más mínimo asombro estaba erradicado para siempre. Los pocos jóvenes que había, murieron de desesperanza ante el descubrimiento de la falta de asombro.

Cuando dejó de respirar el último hombre joven, el pueblo se vistió de sigilosa fiesta. Extrañamente fue tomando un giro festivo el asunto de las muertes. Un

giro fatal. Era una epidemia que terminaba con lo espíritus , de a ratos enajenados, levantaba ánimos y devolvía la vista a los ciegos. Todo parecía un circo en quiebra, una contrastante algarabía de palmas silenciosas levantadas ante el miedo como si fuera ante luces de bengala. A veces, dejaban volar la imaginación y como por arte de magia se encontraban levantando un puente o recuperando con simpleza la risa o el llanto. Los más imaginativos se veían huyendo del lugar.

Entre tanta confusión, don Ernesto Losada ( que había recuperado su pasividad) reposaba a la espera de su mujer. Ella, en días de fiesta, llegaba vestida de amarillo, como una dama que no podía abandonar su origen virreinal.

Aquel día apareció como un bronce brillando sobre los ojos cerrados de su esposo que la esperaba con las mejillas llenas de lágrimas.

- Por favor, llévame con vos suplicó- no puedo morir en este ripio de muertos vivos y vivos muertos. Por piedad ...

No acostumbraba a rogar. Daba lástima. Su mujer, lánguida entre tanto recuerdo, callaba escuchando el sonido de su voz. Trató de con vencerlo de que la hora

de cada uno es excepcional. Le habló del destino y de la razón de ser sobre la tierra. Jugó a añorar las galletas de membrillo, el agua de limón y los paseos vespertinos. Entre recuerdo y recuerdo ayudaba su marido a vestirse con el antiguo traje de almirante cartagenés y, casi sin darse cuenta, con sus manos duras, frías y tan dulcemente pálidas caminaron hacia un pasadizo azul, remoto, tan insospechable como cierto, tan cierto como interminable.

### XVIII

Sin saber por qué, después de la muerte de don Ernesto Losada don Jimeno se sintió solo por primera vez. Lo buscaba en lo insólito, porque había aprendido que para hablar con los muertos había que tratar de ubicarlos en sus características más salientes. Guadalupe le había mostrado el camino, la forma de vencer el vacío y había querido llevarlo hacia su situación sin lograrlo. Don Jimeno seguía tan vivo como el primer día dentro de su destierro de viejo.

Fue por esas amargas horas cuando la mujer del comisario arrastró a su marido hacia la pendiente de la locura total. Tan pasiva como era, severa y taciturna,

había soportado durante esos años de cautiverio y engaños el silencio. Pesada como una mole, comenzó de pronto a acosar al comisario con el asunto de la masacre que había originado, con el dolor que ella sentía y la repugnancia que no podía evitar al verlo. Lo culpaba de cosas muy graves que jamás había hecho, tocándole fibras tan profundas tan íntimas, que el comisario ya no pudo resistir y, todo ello sumado a los reproches por todo lo que en verdad había causado, lo hundió en una suerte de abandono sin regreso.

Eran las ocho de la noche cuando sonó el toque de queda y dictó su último decreto: " Basta de muerte ".

Para todo esto, quedaban seis personas viviendo en el pueblo: don Jimeno Díaz, los dos oficiales, él y su mujer, más una joven que estaba preparando las valijas para marcharse.

- Lamentablemente -le informó su mujer- es tarde. Tardísimo.

Firmó el decreto y envió a colgarlo en las calles. Pero ya no oyó gritos ni protestas, ni gemidos, ni ovaciones. Recordó cuando asumió como comisario, todos estaban allí aplaudiéndolo. Pero sus recuerdos fueron avanzando y comenzó a ver cada parte de su vida, cada error, cada horror. Y allí estaba su mujer

mirándolo y diciéndole qué hacía así parado como un autómeta, que la vida es corta, inútil y así se le había ido toda la vida y no le alcanzaba el tiempo para arrepentirse, pero no sé por qué no me escuchas, claro, jamás me has escuchado ni tenido en cuenta y te estás yendo como si yo no te estuviera hablando, sí, a vos te estoy hablando por primera vez en mi vida. . . y seguís yéndote, ¡siempre huyendo de mí y de todo! No te das cuenta de toda la basura que nos rodea, ¿no? Por dios, ¿cómo hacer para que me escuches?

En efecto, con la violenta paciencia que lo caracterizaba, el comisario había ido al galpón a buscar un hacha que desde hacía más de treinta años había estado allí esperando ese momento. Era tan pesada que le costó llevarla hasta donde estaba su mujer y la instintiva fuerza que le dio el haberse equivocado con el sólo hecho de nacer, y el rencor, y el descubrimiento terrible de haber vivido veinte años con una desconocida, le hicieron levantar el hacha con inesperada velocidad y partirle la cabeza, y con una calma inverosímil mirar a la mujer desangrarse en el piso. Después, de inmediato, fue a la cocina y tomó un café recordando, vaya a saber por qué, a Juan Silberia. Se fue sintiendo peor. La resaca de toda una vida de miedos y de inseguridades

se le cayó encima de repente. Se sintió la última basura de la tierra. Pero no podía arrepentirse.

Buscó entre los cajones una hoja blanca y una pluma, pero no escribió. Pensó que su destino era desaparecer. Y rogaba que ese cuento de que los que allí se morían seguían viniendo a charlar con don Jimeno fuera mentira. Pidió irse para no volver.

Creyó sentir que de la habitación contigua llegaba un insoportable olor a sangre. Y no pudo más, porque el olor a sangre le hacía recordar a su mujer reprochándole una y mil veces todos los momentos de su vida. Fue entonces cuando tomó la cuchilla de matar cerdos y se degolló sobre la hoja de papel blanco.

## XIX

Quedaban tres en el desquicio. La joven se había marchado.

- Me voy de este infierno, abuelo -le había dicho a don Jimeno, sin pena.

- Está bien, hija. Pero no olvides que aquí siempre esperarán los afectos. Pero asegúrate de no volver más.

- Adiós, abuelo.

- No me digas abuelo -indicó como siempre lo había hecho.

Eso fue todo. Ahora sí quedaba n tres.

## XX

Los oficiales tomaban café en el cuartel recordando viejas historias. No sentían pena por el comisario.

- Lo que era bueno -dijo Camilo- era la plata de la vieja Pirez. Ahí sí que no pasábamos miseria, ni hambre, aunque hay que reconocer que el comisario cada vez daba menos.

- No sé -respondió el otro - ahora me pongo a pensar qué será de nosotros. Si todo esto no hubiera sucedido, si el comisario no se hubiera vuelto loco, tal vez no estaríamos así, habría más gente, al menos alguien a quien encerrar.

- Si todo esto no hubiera sucedido, no estaríamos hablando nosotros.

Entonces se dieron cuenta de que jamás habían hablado, y que ahora estaban completamente solos. La breve conversación los hizo sentir un poco acompañados, aunque con miedo ante tanto espíritu rondando por las calles.

- Aún queda el viejo Jimeno. El cree en esas historias de los muertos vivos -rió Camilo.

- Pero nunca nadie se atrevió a tocarlo y juro por mi vida que vivirá cien años más.

- Nadie se hubiera atrevido nunca a tocar al viejo Díaz. Es como un dios en este pueblo cagado por los perros.

- Cuando había perros...

En ese momento se abrieron las ventanas y entró una ráfaga de vacío que los arrastró por los aires con violencia.

En menos de una hora había desaparecido la comisaría y en ese lugar crecían los primeros pastos.

Don Jimeno Díaz, sonriendo como siempre y sentado en la esquina, observaba lo insólito del cuadro, sin sentir ningún tipo de pena... Era un atardecer de flores secas, con el sol en medio de un cielo rosado que nadie, excepto él veía.

Despacito se levantó y arrastrando los pies caminó hacia su casa para descansar ~~de~~ tanto tedio, tanta agonía, se sintió cansado, como si aquel instante hubiera sido multiplicado en mil, dos mil instantes.

Solo allí, en la inmensa soledad de su soledad tuvo noción de la edad que tenía y miró el pueblo por última vez.

- Ahora sí podremos morir en paz, Guadalupe -dijo.
- Sí, don Jimeno. Mire cómo desaparecen nuestros mejores años.
- Nuestros mejores sueños -dijo Agraciada Pirez.
- Queda el silencio -agregó Juan Silberia.
- Y nosotros. . .

Quietos, como mimetizados entre las hojas, estuvieron viendo caer la noche, mientras las casas desaparecían con sus ventanas de hielo y el Quemadero ardía sobre el llano.

Cuando todo volvió a ser un territorio sórdido y vacío pero calmo, cada uno fue a ver el lugar donde había estado su hogar y allí se quedaron armando su tumba con lágrimas, con restos de recuerdos . . .

Don Jimeno Díaz pensó cuánto le había costado sobrellevar esta vida y se preguntó por qué razón había estado viviendo muerto o muriendo vivo tantos años en aquel sitio borrado por la memoria de los hombres; tan borrado, tan perdido, que no existía en los mapas y ahora, después de infinitas horas marcadas por la desesperación y el olvido, se convertía en la tan ansiada tierra enclave.